

San José, Costa Rica

21 de Diciembre de 1918

LECTURAS

Director: LEONARDO MONTALBÁN

Año I

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 14

Editores: FALCÓ & BORRASÉ



Doña Victoria Beeche de Alvarado,
dama distinguida cuya desaparición lamenta nuestra sociedad

 Compre el próximo número de LECTURAS

Se ha puesto a la venta EL PATIO AZUL, de Santiago Rusiñol

Editado por la Biblioteca RENOVACION



Ana María Rodó Duverrán

Hija de don Manuel Rodó y doña Rosalía de Rodó

El Niño-Dios

Para "Lecturas"

Las vitrinas de los establecimientos comerciales están atestados de juguetes, en gran número y en gran variedad: es que se acerca la noche gloriosa y alegre en que hace mil novecientos dieciocho años vino al mundo el dulce y abnegado hijo de María para iluminar las conciencias de aquellos tiempos con las hermosas doctrinas del Amor.

Desde entonces aquel judío sublime se presenta a los ojos de la humana especie con una dualidad encantadora y grande como ninguna: para nosotros los adultos, los que sufrimos, los que luchamos, el hijo de María es el hombre cuasi divino que enciende en nuestras almas, como en un cielo oscuro, la estrella de la verdad; que abre nuestros brazos con impulso generoso e irresistible para recibir y estrechar entre ellos a nuestros semejantes de toda la tierra y que pone en nuestros corazones el ánimo heroico y paciencioso de la bestia sumisa para llevar con mansedumbre la carga eterna de nuestros dolores.

¡Qué bueno, qué grande, qué sublime es el hombre o el dios que, con el sacrificio heroico de su vida, nos ha enseñado esas virtudes

absurdas! Pero el hijo de María aparece más dulce, más hermoso y más grande bajo el aspecto del niño. La imaginación de los hombres, cuya potencia creadora no tiene límites, no ha podido concebir a Dios en forma más dulce ni más risueña.

Pero no se ha contentado con eso: la fábula es todavía más hermosa: el niño-Dios se entretiene todos los años, la noche misma de su llegada al pesebre, en llevar la alegría al corazón palpitante de sus compañeros los chiquitines. ¿Es acaso posible hacer desempeñar a Dios un papel más hermoso? Por eso los comerciantes se apresuran a exhibir en sus vitrinas radiosas los juguetes sin cuenta que el niño Dios ha de distribuir entre sus compañeros afortunados.

Los niños observan y admiran, mientras tanto, con emoción ansiosa, los juguetes que tal vez luego, a la hora misteriosa del alba, pondrá sigilosamente en su cabecera una mano cariñosa e invisible. La legión infantil, desordenada y bulliciosa, inunda las calles, se arremolina en las aceras, impidiendo el paso a los transeuntes mayores, y desfila con lentitud de observador por delante de las tiendas atiborradas de chucherías y juguetes. ¡Qué expectativa tan dulce y, a la vez, tan ansiosa!



HERNÁN GÓMEZ CHAVARRÍA
Hijo de Moisés Gómez y María de Gómez



LIDV SOLER ASTÚA
Hija de Francisco Soler y Dora Astúa

Pero... pero no solamente para los hombres, para los niños también, el destino, el acaso, la desgracia como se quiera, tiene burlas odiosas: entre esos niños que con avidez llena de esperanza confusa contemplan los escaparates de los almacenes, hay algunos infelices desheredados que no recibirán su juguete de Noche Buena, porque los ricos, los pudientes egoístas, no han echado con disimulo un óbolo en la hucha vacía y lacia del niño Dios para que este cariñoso trasnochador pueda poner una baratija cualquiera bajo la dura almohada del niño menesteroso.

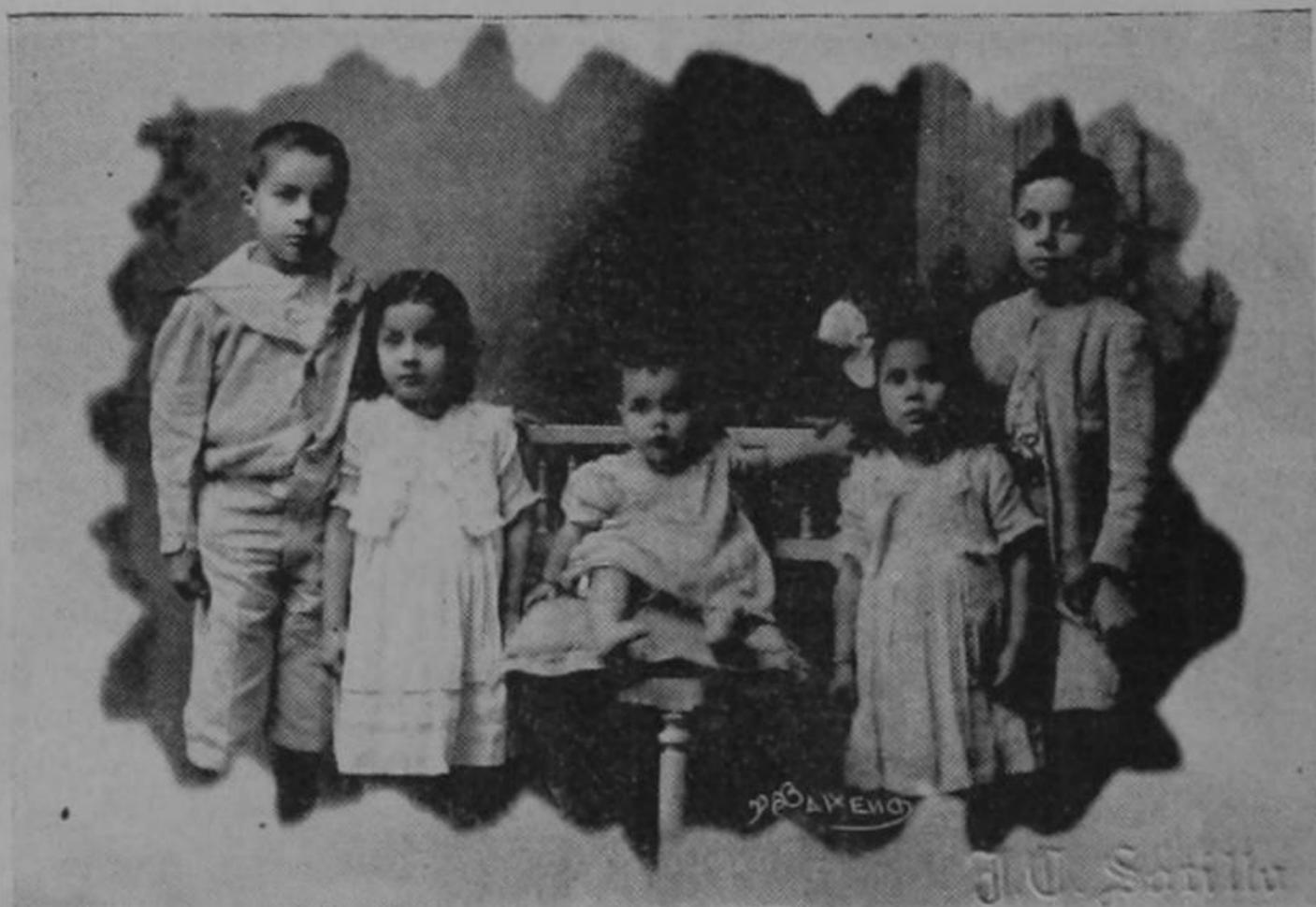
Esa injusticia dejará un fermento de odio en el alma del niño olvidado y ese odio inconsciente impedirá tal vez, que, al hacerse hombre, viciado por esa savia, el chiquillo sea bueno. Es menester, sí, es menester que la caridad una sus mil brazos en un esfuerzo común para que los niños pobres reciban también el juguetillo insignificante que ha de poner,

sin embargo, en su alma una alegría semejante a la alegría que despierta en un bosque lleno de pájaros la irrupción de la aurora.

No dejemos, no, que los niños se pongan tristes con la triteza letal de la envidia. Que los grandes suframos, que devoremos nuestra impotencia rabiosa frente a frente de imposibles ideales; que el gusano de la envidia nos muerda con furia los hígados... vaya en buenahora; pero los niños, ¡vive Dios!, los niños no deben sufrir.

JUSTO A. FACIO
Costarricense

* Creer en la justicia humana es el más ciego e imbécil de los fanatismos. La justicia, como la verdad, es un punto de vista. Desde el mío contemplo con pena creciente, triunfar la soberbia estéril sobre la modestia fecunda; el crimen sobre la virtud; la ignorancia sobre la sabiduría; y los que medraron con la patria sobre los que fueron su levadura y su puntal.



Familia Montalbán-Zeledón
Carlos, Tula, Dafne, Merceditas y Leonardo

La Estrella de los Magos

Cuando los tres Reyes Magos hubieron cumplido su misión de adorar a Jesús niño, y de ofrecerle incienso como a Dios, oro como a rey, y mirra (amarga y acre) como a hombre, pensaron en tornar a sus tierras distintas.

El aliciente mayor de este retorno, era el deseo de narrar a los suyos el maravilloso viaje.

Gaspar, empero, quiso detenerse un poco en Palestina. Deseaba conocer las ciudades romanizadas, a las que Herodes el grande había dotado de monumentos grandiosos.

Quería, asimismo, ver la metrópoli judaica, Jerusalén, y contemplar la opulencia y majestad del templo edificado por Salomón.

Así lo hizo, y se hospedó durante algunos días en la ciudad santa, donde treinta y tres años más tarde el hijo del hombre debía ser crucificado.

Gaspar era muy ingenuo; a pesar de su alcurnia, había visto poco mundo, y a cada paso, en Cesárea (la antigua Sebaste), y en Jerusalén, sobre todo, encontraba motivos para admirarse.

Tenía poco que referir, y como se ha-

llaba aún estremecido por el milagro que había visto, era éste el objeto predilecto de sus conversaciones.

Cierto día, en la casa donde se hospedaba, púsose a la mesa cerca de él un romano, recién llegado a Jerusalén con una misión secundaria del Emperador.

Este romano era hombre instruído, había estudiado filosofía con un sofista griego, se había leído a Platón y a Plotino, a los poetas y a los filósofos, y sus juicios estaban generalmente inspirados por un elegante escepticismo.

Al oír narrar a aquel rey bárbaro su peregrinación en pos de una estrella, el romano se permitió, sonriendo dubitativamente, decir a Gaspar:

—Perdóname que haga una objeción a tu interesante relato: Pretendes haber visto con tus compañeros un radiante astro que te indicaba, todas las noches, el camino. Pero ¿qué astro podía ser éste? Bien sabes que no hay en el cielo sino estrellas fijas, planetas y cometas. Una estrella no puede bajar a la tierra. Nuestra pobre esfera sería destruída, abrasada en un instante. Si leyese a los griegos, sabrías que las estrellas son soles enormes, que vemos tan pequeños a causa de su lejanía. En cuanto a los planetas, son

siete los conocidos, en los cuales los poetas griegos simbolizan los dioses, a saber: Mercurio, Marte, Júpiter, Saturno, la Tierra que habitamos, y la Luna que ilumina nuestras noches. Y aún afirma Aristóteles, en conceptos quizá un poco oscuros, pero no tanto que no se entiendan, que más allá del alcance de nuestros ojos hay otros planetas desconocidos. Ahora bien, cuál de esos planetas de que te hablo, podía bajar al nuestro para guiarte? Me dirás que la Luna, que es el más cercano; pero tras de que tú afirmabas ha poco que veías el lucero «no obstante la claridad lunar», este satélite es todavía de tal suerte grande, que en vez de guiarnos os hubiese cerrado todos los caminos con su mole formidable... Por lo que respecta a los cometas, tras de que ocupan inmensas extensiones en el espacio, sería absurdo suponer que, al bajar uno de ellos para conducirnos, no hubiese sido visto de toda la Tierra, y es por otra parte ridículo pensar que un cuerpo tan tenue y de tal magnitud, se hubiese detenido, como afirmas, sobre el techo de un establo de Belén... Tendrás por tanto que convenir conmigo, oh Rey, en que tu estrella es absurda, y en que ni el más ignorante de los pastores caldeos, bien familiarizados con las noches resplandecientes, creería una palabra de lo que dices... Y perdona lo rudo de mi franqueza.

Gaspar, que había seguido con profunda atención este discurso, traducido por uno de los presentes, en buena parte, porque el rey oriental ignoraba casi por completo el latín, después de unos minutos de perplejidad, y en medio de la atención unánime ya expectante, ya sorprendida, ya burlona, respondió así:

--Te confieso que al principio, cuando vi la estrella anunciada en sueños por espíritus armoniosos, no pensé en la posibilidad o imposibilidad de que me guiase, ni de que hubiera podido descender a la tierra: me contenté con seguirla. Los maestros que condujeron mi infancia por los caminos de la sabiduría, no habían leído a Aristóteles. Sabían, sí, muchos secretos de las almas y muchas propiedades y caracteres ocultos de las cosas. Pero más tarde, cuando el examen sustituyó a la emoción producida por nuestra maravillosa aventura, he reflexionado en algo de lo que tú ahora me dices, no con la claridad con que tú lo piensas y

expones—más confusa quizá, pero más intensamente—y considerando asimismo lo que mis compañeros Baltasar y Melchor me han dicho, y lo que oí de los labios de muchos pastores, que todos veían y seguían la estrella, he acabado por comprender que ésta era una *estrella interior*... Sí—continuó Gaspar con cierta emoción, que dignificaba aún más su noble y anguloso rostro moreno, y ponía en sus grandes ojos de gacela pensativa quién sabe qué fulgores sobre-naturales—sí, era una luz interior, un astro que había nacido en nuestros espíritus. Lo veíamos en una especie de éxtasis, sin acertar a decirnos si nuestro deliquio encendía el lucero, o el lucero producía nuestro deliquio... Mientras los dromedaros caminaban, proyectando a la luz de la luna sobre el desierto lívido sus cuellos de serpiente, nosotros perseguíamos una visión interna... Quizá íbamos hasta con los ojos cerrados, porque ciertas luces divinas se ven así mejor. Cuando nos arrojamos ante aquel infante desnudo y tembloroso del establo, la luz de adentro quedó eclipsada por la luz de afuera, por el fulgor que emanaba de los ojos del niño misterioso. ¡El lucero se había hecho carne!...

El romano, ligeramente conmovido por el relato del rey, miraba inmóvil el metal de su copa, en el que ardía un tímido rayito de la tarde, que penetraba por una ventana abierta.

—¡Quién sabe si, en efecto, ese niño de que hablas, ha venido a encender una estrella nueva en las almas!...

Gaspar no contestó.

A lo lejos, entre los riscos ásperos del paisaje, más allá de los torcidos pinos, se desangraba lentamente el crepúsculo.

AMADO NERVO

Noche Buena

¡Ay de aquel que en estas cosas no sienta en sí algo de niño! ¡Ay de aquel para quien la Noche Buena haya llegado a ser una noche como las demás, y no perciba el aroma que esa gran flor del invierno despide todavía hasta nosotros al través de tantos siglos!

Nuestro sentido se turba en un deleitoso desorientarse, en un deleitoso no saber si es de noche o es de día, como habiéndonos extraviado en regiones que están fuera de los días y las noches y de las leyes terrenales del tiempo y de la luz...

JUAN MARAGALL



Mercedes Beeche Soler

Hija del Dr. Luciano Beeche y María de Beeche

Sueño de Noche Buena

En Nochebuena era el soñar despierto, girando la mariposa interior en torno a la imagen de luz pura, que ya aparecía, infantil, en el regazo de la Madre; ya a las márgenes del lago o sobre el monte, con sus rubias guedejas de león manso; ya, trágica y sublime, entre los brazos de la cruz. Mi imaginación era invencionera; la fe le daba alas. Cuentos, leyendas, ficciones de color de rosa, nacían de aquel soñar. Una recuerdo. No sabría reproducirla con su tono, con el metal de voz de la fantasía balbuciente. Será una idea de niño dicha con acento de hombre; será un verso de poeta que ha pasado por manos de traductor.

Era en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se aparecía una forma, blanca también, como de caminante cubierto de nieve. En derredor de esta forma flotaba una claridad que venía, no de la luz de una linterna, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá, donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene, como receloso a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan; párase el lobo al borde de una



Eduardo y Guido Castro Steinvorth

Niños de don Eduardo Castro y doña Erna de Castro Saborío

roca, ya a pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el espíritu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se abalanza a la presa... ya es suya... cuando El, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad la palabra:

—Soy yo, le dice:

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia: se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de blancas y fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la

nieve, las flores forman como una nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotara.

No fué voluntad del sagrado caminante, ni intervención de lo alto, lo que movió la transformación milagrosa, sino que fué virtud del propio sentir del lobo, espantado, loco, al reconocer a aquel a quien iba a destrozar con sus dientes: virtud en que arrepentimiento, dolor, vergüenza, ternura, adoración, se aunaron como en un fuego de rayo, y derritieron las entrañas feroces, y las refundieron en aquella forma dulcísima, todo ello mientras declinaba la curva del salto que tuvo por arranque la intención de hacer daño...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



Pepito, Ricardo, Rubén y Federico Falcó-Puig

La alegría de los niños

Para mis hijos José, Ricardo, Rubén y Federico

Todos los años, pocos días antes de la fiesta de Navidad, los hijos mencionan a sus padres el regalo que esperan del Niño Dios.

Para la mayoría de los padres, esta fecha es precursora de penosos apuros, ya que por irremediables dificultades económicas, no pueden satisfacer la ilusión de sus pequeños hijos.

Es, en estos momentos de la vida, cuando más se nota la desigualdad social, de la que se dan exacta cuenta los chiquitines, al ver que hay niños privilegiados que disfrutan de todas las alegrías, mientras a los pobres, sólo les es permitido saborear amarguras.

Esta es una de las diferencias que, infiltrándose en el corazón de los niños, les hace notar la injusticia que aún impera en el mundo.

Acaso sea el fundamento del odio latente que se incuba en el corazón de los desheredados de la Fortuna.

Pero las sanas ideas de Igualdad y Fraternidad, aunque poco a poco, irán abriéndose paso, y las sociedades del porvenir, libres de trabas y prejuicios gozarán los frutos de las redentoras ideas que ahora germinan en el corazón y en la mente de los hombres justos.—RICARDO FALCO

San José, C. R., Dic. 1918.

Oro, incienso y mirra

Al ver que empezaba de súbito el descenso de la Estrella, Melchor taloneó el camello, que apresuró el trote de sus largas piernas. Gaspar y Baltasar le siguieron de cerca, inflados los pliegues de las túnicas por el viento. Al rumor del tropel, asomaron a sus puertas algunos belemitas, y, escandalizados los perros precedieron a la comitiva con ágiles saltos y retadores ladridos. Pasó el torbellino y tras él quedó de nuevo el silencio.

La Estrella de los Magos se detuvo temblando sobre el pesebre, como un diamante en la frente de una mendiga. Una claridad azulada se tendió por los campos. En lo alto se estremecía un aire de gloria, y los ángeles, desvelados, cantaban, rubios de rizos y blancos de alas.

Los camellos pasaron en seco ante el pesebre. Baltasar bajó el primero del suyo genuflexó y se afirmó sobre las piernas doloridas. Gaspar, sin comprender, miraba pensativo el astro. Melchor ordenó a los criados que preparasen los presentes de oro, incienso y mirra contenidos en cajas de sándalo trabajadas por los más famosos artistas del Oriente. Luego, uno tras otro, inclinándose para no golpearse las augustas frentes en el dintel, penetraron a cumplir con su misión, que perpetuaría la pluma de los Evangelistas. San José se levantó y saludó. Después dijo:

—Ustedes disculparán...

Y mostraba, sonriendo, lo desmantelado del pesebre, asaeteado de aire por todas partes. Gaspar tendió la amistosa mano para contener las excusas. El niño estornudó. La Virgen inquieta, fué a arroparle, inclinándose al paso con divina gracia, que hizo abrirse el botón de un madrigal en los bellos de Melchor. Incultas cabelleras asomaron curiosas a la puerta. San José las detuvo con un gesto severo. Luego, los Reyes, de rodillas, adoraron: *Gloria al que viene en nombre del Señor*. La Virgen y su esposo se arrodillaron también. Los Magos proseguían sus líricos cantares. *Besamos, Señor, los pies que vuestra humildad quiere tener desnudos*, y llevaron su ósculo a los piecitos amoratados por el frío. De pronto, en la sombra, resonó un mugido, que les hizo volverse inquietos. Pero la Virgen les tranquilizó: era



VIRGINIA LÓPEZ GUTIÉRREZ
niña de don Victor López Baltodano
y de doña Eva de Baltodano

el buey, que protestaba indignado contra el estrépito que no le dejaba dormir.

Concluida la adoración, hablaron de los asuntos del día. Al insinuar una alusión política sobre Tiberio, Baltasar bajó la voz, temeroso de que anduviese por allí cerca algún espía. En la serenidad estrellada de la noche resonaban los cánticos inmortales: *Aleluya, hosanna al Redentor*. Los Reyes escuchaban con respeto el clamor de las altas milicias; y una luz de mansa ternura brillaba en las húmedas pupilas de los camellos, de la mula y del buey.

JOSÉ RODRÍGUEZ CERNA
Guatemalteco

LE CONVIENE a usted empastar sus libros en el Taller de Encuadernación de los señores FALCÓ & BORRASÈ, pues los precios son económicos y el trabajo elegante y bien acabado.

Dirección: 7.^a Avenida, Este 42, San José



Flora Pinaud Jiménez

brante que habían contemplado en los escaparates del alto comercio. Pobrecillas! Y pedían con fe profunda al Niño de los niños.

Aquella Noche Buena se durmieron con la dulce esperanza.... Y soñaron con músicas celestiales, nubes argentadas, flores, ángeles, querubines y con países de hadas.... Hicieron, en sueños, la más rara peregrinación, hasta ver al Niño-Dios en persona y abrazarlo tierna, apasionadamente, para no separarse más de El.

Súbitamente despertaron. En el momento preciso en que «mano misteriosa» había colocado entre sus bracitos dos rubias muñecas.

Y cuéntase que al amanecer dijeron a su padre:

—Lindas son las muñecas; pero más felices somos porque hemos abrazado al Niño Dios. Acaso El viene a vivir con nosotros? —Seremos buenas para tenerlo a nuestro lado.—En donde está el Niño?....

Por la faz del amoroso padre rodaron lágrimas. Fué la más elocuente respuesta a las dos inocentes preguntas de sus dos hijitas.

CONDESITA MIGNON

San José C. R. Navidad de 1918.

Sueño de Navidad

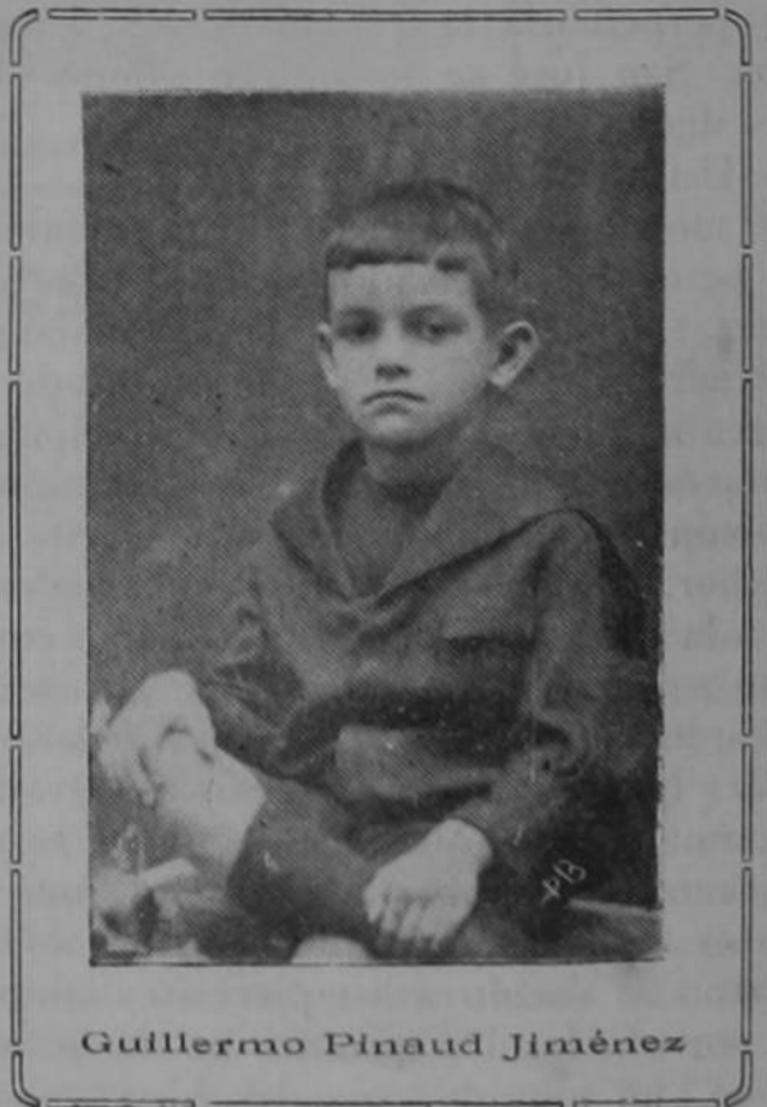
A las niñas Julia Inés y Victoria Eugenia Corpeño, hijas de El Salvador, bajo el cielo costarricense.

Las dos hermanitas sentían el peso de la vida, desventuradas, bellas, tristes, inseparables... porque ellas no habían tenido la sensación del amor de madre. Y no conocían ese amor de los amores porque en la Viña del Señor hay contrastes que abisman la mente humana.

El Destino tal vez?—Quién sabe!...

Pero en cambio, las guiaba la luz del cariño intenso de su buen padre: cariño de salvación! Y así, entre dolor y alegría, y pena y esperanza, siempre hubo para ellas un consuelo.

Navidad se acercaba, y su solo pensamiento era saber si el Niño-Dios esta vez se acordaría de ellas, como en otros años. Ellas querían algo de todo aquel conjunto deslum-



Guillermo Pinaud Jiménez

Las mejores melcochas son las de la marca LA MAGNOLIA

El santo de los niños

San Nicolás, o Santa Claus, como le llaman los niños ingleses, el santo patrón de la infancia que en los países del Norte hace el papel de nuestros reyes magos, llenando de dulces y juguetes las medias de la gente menuda en Navidad, es uno de los santos que tienen una historia más curiosa.

El cómo ha venido a ser patrón de los niños, es una historia interesante y uno de los mayores milagros que hizo el santo. Siendo éste obispo de Mira, dos niños, o tres niñas, que en esto no están muy acordes los historiadores, vieron sorprendidos por la noche en el campo, y encontrado al pasar por un pueblecito una carnicería, pidieron al dueño que por caridad les diera hospedaje por aquella noche. El carnicero acogió a las niñas benévolutamente, pero tan pronto las vió dormidas las hizo pedazos con la cuchilla y las puso a salar en la tina de la salmuera. Algún tiempo después (siete años dice la leyenda) San Nicolás pasó por el mismo pueblo y llamó a la puerta del carnicero, pidiéndole hospedaje como habían hecho las inocentes criaturas. Admitido por el carnicero pidió de cenar y éste le ofreció un trozo de jamón.

—No,—contestó el santo, prefiero un poco de carne salada de la que has tenido en esta tina por siete años.

No bien oyó el carnicero estas palabras, quiso emprender la fuga; pero el santo le dijo que en vez de huir se arrepintiese y sería perdonado; y después, volviéndose hacia la tina, la bendijo y de ella salieron, vivas y sanas, las tres niñas.



—¿Es nido?—Es nido! mira; se oculta entre las ramas; el céfiro lo mece; la luz del sol lo dora....

—¿Tu sabes que es un nido?.... Pues es lo que más amas, lo que en tus goces ríe, lo que en tus penas llora.

—¿Es un hogar!

—Sí; un santo asilo de amor puro, donde las aves juntas hallan calor y sueño. La selva se estremece; se pone el cielo obscuro....

No importa; Dios, que es grande, cuida de lo pequeño.

El bosque, entre sus frondas, cobija estos palacios que son en primavera sus más hermosas galas; el pájaro que libre recorre los espacios sabe que tiene un hueco donde plegar sus alas.

Un nido es un santuario de paz y amor profundo; las manos que lo arrancan son manos de malvados; ¿No ves tú que no hay cosa más triste en este mundo que ver flores marchitas y nidos arrancados?

LUIS G. URBINA
Mexicano

Noche de pascua

INÉDITO

La eclosión de un cohete que ascendía con un rastro frenético de aureolas, volcó en una fugaz pirografía berenjenas de luces y amapolas.

Arden mirras hebraicas en los pechos, y el antiguo Belén, divina cuna, se extiende en la inconsciencia de los techos que esmaltan los azogues de la luna.

En la persecución de cosas idas me voy por los caminos más lejanos a otras noches alegres, ya extinguidas. Esta noche de pascua, blanca y buena, no tendré la bondad de «aquellas» manos ni el calor de aquel vino en esta cena.

JOSE OLIVARES
Nicaragüense



Joffre Clare Jiménez

Cuento Semanal

Sutil, muy sutil

—Que sea de hadas, decía una rubita con cara de ángel.

—No, de reyes—replicó un muchachito más avisado que Lazarillo, aunque, por fortuna, no tuviera que verse en las malas andanzas y travesuras del de Tormes, ya que había tenido la suerte de nacer en cuna de oro.

—Será un cuento de la vida—añadió sentenciosamente la abuelita en torno de la cual se hallaban nietos, vecinos y hasta la niña rubita que era hija de los porteros de la casa. La fiesta no podía menos de tener reunidos a parientes y conocidos, y el deseo de asistir a la *misa del gallo* forzaba a buscar recursos para ahuyentar el sueño cuanto fuera posible.

—Pero de risa—se atrevió a proponer uno.

—Triste, triste—pedía otro.

Y la abuelita puso paz diciendo:

—Ni triste, ni alegre. Nos empeñamos siempre en caer en los extremos: yo adoro la primavera, el amanecer, la sonrisa. ¿Quién sabe si, cuando vayamos a buscar el cielo o a temer al infierno, nos encontraremos con un Dios de amor que nos abrazará a todos? Por eso no quiero contaros una historia triste, ni una tradición jocosa: ni os quiero hablar como a niños, ni quiero acordarme de que soy vieja: mejor será que nos acordemos de que habéis de ser hombres.

Cuentan las crónicas que los muchachos no entendieron las palabras de la abuela, pero la abuela habló así:

I

Era una noche como ésta, y era una capital de poca importancia como la nuestra. Los niños iban con zambombas, panderos y otros artefactos cantando villancicos por calles y plazuelas a más y mejor. El cielo parecía sumarse a la alegría de los hombres; una luna clara, majestuosa, rodeábase de una corte de estrellas que para sí quisiera el más poderoso de los reyes de la tierra, y un viento suave, que traía envuelto un hálito de nieve, acariciaba las ramas secas de los árboles que esperaban el buen tiempo para vestirse con todas las galas de la Naturaleza. La campanita, una campanita que parecía de cristal, una campanita que semejaba voz de los cielos cerniéndose en el espacio, tañía con placer infinito llamando a los fieles para que festejasen como ella el acontecimiento magno que se recordaba. La religión hablaba a los corazones; las almas se entregaban al idilio que llenaba los ámbitos del mundo, y el mundo se sumía también en un idilio de paz y de consuelo.

Los viejos tradicionales empezaban ya a cruzarse con las cuadrillas de muchachos que no se daban momento de reposo en el gritar y golpear y producir estruendo con cuanto se pusiese al alcance de sus pecadoras manos; iban temerosos

de perder tiempo y lugar, a ocupar el sitio que tenían por costumbre y que les recordaba los días de la niñez en que, conducidos por sus padres, habían asistido a la misa de media noche para dormirse en el evangelio, soñar durante la celebración del poema sacrosanto y despertar en el camino al ser conducidos a casa en hombros de su padre. El silencio del templo huyó ante los cambios de sillas y sobre todo ante el conjunto de toses cascadas, crónicas, que le atacaron a fondo y con insistencia cruel. Y llegó la hora de oficiar, y llegaron a la iglesia, María, su hermana Elena, sus padres y Gabriel. Las dos hermanas tomaron sus reclinatorios y se arrodillaron tan modestas, tan devotas, tan espirituales, que diríase las rodeaba un misterio plácido y ultraterreno. Gabriel quedó atrás respetuoso, erguido, gallardo. En los labios de María flotaba continuamente una oración, en los ojos de Elena brillaba como una aspiración a lo infinito.

Y en la calle se apagaba el bullicio y sólo se oía allá lejos a un muchacho que, ya ronco, cantaba:

«Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad....»

Terminada la ceremonia volvieron a animarse las calles con espasmos de orgía inocente; pero aquel nuevo estruendo fue como la última llamada de la luz que va a extinguirse. A las pocas horas María lloraba. Envuelta en el misterio de la oscuridad, tendida en el lecho del descanso convertida en verdadero lecho de dolor, seguía la oración empezada en la iglesia.

—¡Dios mío: tú que bajaste al mundo por redimirnos de nuestras culpas, tiende tus ojos a mí y ten misericordia! ¿Por qué, por qué he de ser tan desgraciada?

En verdad que el corazón de María estaba destrozado. Gabriel, su Gabriel, aquél por quien diera la vida, aquél que siempre había sido su consuelo, aquél que había estado continuamente pendiente de sus labios, era callado, huraño, arisco, violento. Cada día resultaba mayor el disgusto, y podían contarse los disgustos por días. La pobre niña no sabía nunca la causa de tal conducta. Era cariñosa y él se enfadaba precisamente por eso. No lo era, y él la atormentaba con unos celos espantosos...

—¿Por qué, Dios mío, por qué?—se preguntaba siempre.

Su hermana le había dicho muchas veces:

—Estúpida, más que estúpida. ¿Tú crees que a los hombres se los caza con gazmoñerías y suspiros? Si te estará bien empleado que te deje, porque melindrosas como tú no estais bien más que en un cuarto-estufa. La mujer ha de ser para el hombre como un día de primavera: risueña, bullidora, llena de encantos, de recursos, de mimos, y ha de hablarle y ha de resultarle como la brisa, como la niebla, como el sueño; sutil, muy sutil.

La respuesta de María era siempre el silencio, y una lágrima furtiva denunciaba que, al encerrarse súbitamente en su habitación, iba a romper en el llanto más desconsolador. Las ilusiones morían como las hojas de los árboles caían al

suelo para ser arrastradas por aquel viento suave que cada vez era más frío, más frío....

II

Tendida en el lecho del descanso que estaba convertido en lecho de dolor, seguía la oración empujada en la iglesia:

—¡Dios mío!—¿Por qué he de ser tan desgraciada?

Y el Dios-niño que acababa de bajar al mundo, llegó junto a ella para hablarle del misterio y llenar su alma de eterna amargura. Sintió María un leve ruido, la sombra de una idea pasó por su mente cual si fuera inspiración divina, se levantó, dudó, atisbó, miró y su alma cayó por completo en el abismo de la desilusión más desoladora. El corazón se rompía, la vida se escapaba....

Allí, en el balcón, en aquel balcón en que ella empezó a gozar de sus amores, estaba Elena. Su plática era juguetona, caprichosa, fútil. En la calle, en aquella calle en la que ya había muerto todo estruendo, en la tranquila calle pueblerina, estaba Gabriel. La oración había sido atendida y ya sabía la pobre niña por qué era tan desgraciada. En la noche seguía el idilio, en el corazón de María se había enseñoreado la tragedia, pero ahogó los sollozos en el lecho, y las lágrimas puras, el rocío de sus ojos cayó como agua de mayo para hacer fructificar las flores de la resignación.

Cuando la campanita de sonido de cristal comenzó a llamar a los fieles para la misa del alba, nadie hubiera dicho que la niña pueblerina era la misma que el día anterior. El violado cerco de sus ojos, la palidez de la cara, los labios denunciando la fiebre y la laxitud de todo su ser, parecían envejecerla en veinte años. Y, a pesar de ello, aquel débil cuerpo sostuvo con entereza el temple sereno del alma. Nadie diría que era la misma niña que semejaba iba a caer en un desmayo, la que mantuvo con tesón, a la par que con humildad, ante sus padres el propósito formado. La campanita de cristal volteaba a lo lejos como desatinada: era la voz de la religión que se extendía por toda la ciudad para hablar del ideal, de lo desconocido, de la fe, y María la había oído.

—Era natural. Las mosquitas muertas en donde están bien es en los conventos—comentó Elena; pero la mirada serena y mortificada de su hermana la hizo callar. Algo había en aquellos ojos que despertaba el remordimiento e inspiraba compasión.

Las protestas de los padres fueron vencidas, y María salió al fin para un lejano convento.

* * *

—Abuelita, ese cuento es triste—interrumpió un mozalbete.

—Así me gustan a mí --- dijo otro amoscado por la impertinencia del otro.

---Callad y esperaos—terció la abuelita disponiéndose para proseguir su narración. Y en seguida continuó:

III

La pobre niña pueblerina vestía las tocas monjiles con tristeza inusitada. En su celda, limpia como alma virginal, ordenada cual movimiento

de estrellas, y linda como rosa abrioleña, había un niño Jesús tan delicadamente adornado, que pareciera al mortal que lo contemplase, que un querube había descendido al mundo para dejar una muestra de las gracias del cielo en aquel retiro.

Los ojos de la pobre niña se posaban en los de la imagen con una ternura que nunca habían demostrado, con un amor eterno y puro puesto en el ser que nunca responde con acritud a las caricias, sino que siempre se muestra con los brazos abiertos para recibir con embeleso a la amada. Era una tendencia al amor místico; era un querer vivir para aspirar a la transformación en el amado; era un ansia infinita por gozar la tranquilidad de espíritu que nace de haber llegado al puerto después de luchar con heroísmo para vencer la tormenta de la vida.

Y el recuerdo seguía siendo la tormenta. Cual la madre besa a su pequeñuelo, y es feliz porque el hijo no puede apartarse de sus caricias, pero luego, cuando los años transforman al fruto de sus entrañas, sufre porque, ya hombre, no puede recogerlo, y no le ve en la cuna como esperando siempre el halago maternal, así María se arrodillaba ante la imagen como madre del pequeño, y sufría porque el pasado hacía convertirse en la memoria al niño querido en el hombre falso que huyó de su lado buscando nuevos amores.

¡Y la cabeza de la novicia se inclinaba bajo el peso de la amargura suprema al pensar en la hermana infiel!....

Las cartas que recibía eran un motivo más de tormento; siempre creía iba a encontrar en ellas alguna noticia temida. Una vez la maestra le dijo habían escrito sus padres, pero no le entregó la misiva. Por la tarde, paseando por el jardín, le participó que su hermana se había casado. Al día siguiente estuvo la novicia cerca de una hora en el confesonario, y, al separarse, dos ardientes lágrimas rodaban como perlas por sus mejillas.

La mañana la pasó tranquila, y en el coro se oyó su dulce voz cual cantar de pajarillo en la alborada. El tono de penitencia y amor a lo infinito hacía fijar la atención en aquella vocecita que se destacaba entre todas por su ardiente expresión. En el refectorio hubo una escena conmovedora. La madre abadesa anunció que la madre Sacrificio iba a leer, en penitencia, una poesía que se había escrito. Y la ya envejecida madre que se había pasado la vida haciendo versos y leyéndolos en penitencia durante muchas sesiones del refectorio, se levantó, púsose en mitad de la habitación, y recitó con un tonillo algo gangoso este romance:

El huerto es nuestro amor
tiene rosas con espinas;
toma para tí las flores
y déjame las fatigas,
que, para que tú no sufras,
ha ido a buscarte la Amiga.

Vamos al huerto, mi Amado,
al rincón donde solías
ir a buscarme, pues veo
que descanso necesitas.



—Será un cuento de la vida—añadió sentenciosamente la abuelita...

Para tu sueño velar
me sentaré sobre espinas,
y, aunque sufra, no te importen
mis angustias y desdichas,
pues si me causan la muerte,
yo vivo mientras tú vivas,
y es morir en nuestro huerto
vivir que me da tu vida.

Cuando salieron al recreo todas las novicias, encantadas con la poesía, corrieron a pedirselas para copiarla. La madre Sacrificio protestaba de que aquello era una tentación para que ella creyese que escribía bien; pero, por obediencia, tuvo que entregar el original. María se fué a su celda y copió los versos con mezcla de gusto y de envidia.

—¡Oh, si yo pudiera amarte así, Jesús mío!—pensaba.

Y, como el pensamiento no respeta leyes de obediencia, siguió ideando para atormentar a la monjita:

—Ya que no he sabido amar a Gabriel como... mi hermana.

¿Quién puede olvidar en tres meses al verdadero amor? ¿Quién puede apagar el rescoldo cuando ha alumbrado su luz como en el alma de María? ¿Quién no disculpará en la novicia los pensamientos que la torturaban?

María terminó la copia y se fué a buscar a la madre Sacrificio. ¡Qué conversación tan edificante era la de la monjita! ¡Como explicaba el amor a Dios! ¡Cuán bien conocía las palabras de Santa Teresa, de la madre Agreda, de la décima musa mexicana y del sublime San Juan de la Cruz!... Era un alma que había sentido

desde niña el sentimiento religioso, y ya en la edad senil seguía sintiendo como en la niñez, aunque sus escasas dotes poéticas no le permitiesen expresar sus sentimientos con toda su intensidad y pureza. ¿Qué ligera era su plática! No era más ligero el rumor que producía en los claustros el pasar de la más espiritual de las monjitas.

¿Por qué no había de ser el corazón de María tan tierno, tan vaporoso?....

IV

Y llegó un día en que la imagen del niño Jesús que tenía la monjita en la celda, se llenó de galas. Por la calle andaban los muchachos con zambombas y panderos cantando a voz en cuello y corriendo sin descanso para llevar la bulla de uno a otro lugar. La noche llegaba a toda prisa, y en el convento se preparaban para la fiesta. Era aquel un mundo aislado que tenía las paredes como los héroes griegos tenían la niebla de los dioses para aislarse por completo; mas, en aquel día, tornábanse las paredes transparentes y fusionábase la vida del monasterio con el vivir de los hombres: el milagro era obra del idilio universal que la iglesia señala entre sus mejores recuerdos.

María, para quien ya pronto iba a terminar el noviciado, estaba como el jilguero en su nido, arreglando los últimos detalles del altarcito, cuyo cuidado constituía la mitad de su vida. A media voz saboreaba los villancicos que tenía que cantar en la *misa del gallo*. Todo era fiesta. Todo hablaba a las almas para llenarlas de contento y de ilusiones. *¡Sursum corda!* era el grito universal.

Cuando más empeñada estaba la novicia en

sus menesteres, entró en la celda la madre maestra con un telegrama. Tantas pruebas de vocación había dado la joven, que no titubeó en entregárselo. María leyó:

«Elena tiene un niño».

La monjita dirigió una mirada profunda a la imagen que tenía en el altarcito.

—¡Que sean felices! --- musitó. Y la madre maestra dijo:

--- No, no lo serán. Usted sí lo será, hermana, porque ha conocido el verdadero camino de la felicidad; ellos no. Recuerdo lo que le escribían el otro día: «si es niña se llamará como tú, María; si es niño, Gabriel como su padre, aunque no merece que bauticemos con su nombre a su hijo». Dios ha permitido que hagan lo que han hecho para enseñarle a usted el verdadero amor; ellos no quejarán sin castigo.

María quedó sola. Creyó ver a Elena en el balcón hablando con su Gabriel tan ligera, tan felina como en aquella célebre noche; creyó verla también con el pequeño en brazos, llenándolo de caricias y esperando entre lágrimas al esposo trasnochador.... y sufría y gozaba, y los pensamientos se buscaban, se envolvían, se cruzaban, vencíanse unos a otros y los vencidos volvían a recuperar sus antiguos baluartes. La noche hablaba de dulzuras, pero el corazón de la novicia sufría una de las más horribles tempestades de la vida.

En el coro cantó la monjita:

Pastorcillos y pastoras
corred, venid sin tardar,
que el niño Dios ha nacido
porque nos quiere salvar.

Terminada la fiesta, el convento quedó en calma. Muy lejos se perdía la voz de los muchachos que gritaban:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad....

Y al fin el silencio se hizo señor del universo. La Luna, reina del firmamento, deslizábase rodeada por su corte de estrellas. María, en el humilde lecho de penitencia, seguía sufriendo la tormenta de su alma; pero la noche era de alegría, de fiesta, y, al fin, desde lo alto llegó a sus oídos la voz de la campanita del convento que, anunciando la llegada del alba, anunciaba igualmente el fin del insomnio y de la angustia. La novicia dejó el lecho y cayó de rodillas ante el altarcito de su celda. Sus ojos eran fuentes, sus labios murmuraban una oración:

---¡Dios mío! No los castigues; perdónalos como yo los tengo perdonados. Dale tú la paz a mi alma, y que él sea la paz de aquel nido de amor, ya que ha venido al mundo, como tú, para traer los sueños de la Nochebuena.

Y allí arrodillada, recibió la niña pueblerina la caricia del sol de Navidad, del sol que besa a la tierra para derretir las nieves y llenarla de flores y de frutos, y busca a los corazones para borrar en ellos el odio y sembrar la alegría, la ilusión y la esperanza. Y el viento era tan sutil en aquel



—¡Dios mío! No los castigues....

instante, que no pudo mover ni una sola de las ramas de los árboles del jardín del monasterio...

EDUARDO JULIÀ MARTÍNEZ
Español

EN BELÉN

Después de la ruptura, tras el canto glorioso y juvenil de los pastores, he llegado a Belén con muchas flores para amar a este Dios que adoras tanto....

La noche está de nieve. En el encanto de este cuadro sin luna y sin colores, una estrella abrillanta sus fulgores sobre un vago silencio de amaranto.

Aquí todo es amor: hasta en el viento, que ha llorado a la luz del firmamento, hay un suave frescor de orientalismo; y, a pesar del recuerdo que se hilvana, este minuto de emoción cristiana me aleja de tu hermoso paganismo....!

MANUEL SEGURA M.
Costarricense

La estrella de los magos

—Para que eso pudiera haber sucedido—dijo el astrónomo—fuera menester que varios miles de años antes, hubiera ardido un mundo en algún lejano universo; pues esas estrellas que aparecen y desaparecen en pocos días, son mundos incendiados cuya imagen vemos mucho después de haber ellos desaparecido, dado el tiempo que emplea la luz en franquear la distancia intermedia.

¡Un mundo ardiendo diez o veinte mil años antes del nacimiento de Jesús, nada más que para anunciar ese suceso a tres reyezuelos de Asia!

Es una de las pruebas más fuertes de la divinidad de Cristo, y nadie la considera, sin embargo. --LEOPOLDO LUGONES,

CRÓNICAS FIEGRES

Ha estallado la revolución.

Lo que esperaban unos por arriba y otros por abajo.

Desde el lunes se pronunciaron todos los clubs de sport de la República.... contra la Comisión de Fiestas.

El Gobierno de los Estados Unidos ha reconocido a los beligerantes.

Según los cablegramas la revolución estaba latente. Eduardo Garnier, por ejemplo, dormía con zapatos por temor de que al quitárselos se produjera la follisca.

*

Se marchó el comerciante yanqui que vino a estudiar las propiedades del corozo.

Exploró las montañas, los ríos y las sinuosidades de la costa.

Quería averiguar si el corozo nuestro podía utilizarse como lubricante.

Antes de irse informó de su viaje en estos términos: «País de rico banano, de mucho café pero no de corozo ...»

Cosas de yanqui!

*

Miguel de Cervantes, para alcanzar renombre, tuvo que perder una mano en Lepanto y que escribir el *Quijote*.

Infeliz mortal, digo yo. Tan infeliz como Shakespeare y Dante!

Porque ahora todo ha cambiado, y la cosa se simplifica.

Con solo cartitas se hacen las reputaciones.

Yo he recibido las siguientes: «Leí su bello libro, titulado «Los Papalomoyos». Lo leí después de almuerzo. Qué estilo el suyo; qué novedad y galanura en la frase! Mi señora que estaba enferma se sintió completamente restablecida al oírme recitar aquello de: «Es una efluencia azúlea esto de que hablo....» Hasta *Frijolillo*, el menor de casa, se ha curado de la dispepsia.

Otra: «La obra de usted es de las que llenan el siglo. A mí se me caía el pelo todas las noches. Estaba quedando Eulogio Calvo, pero lei su «Senda Encantada» y ya tengo la cabeza tupida como una madre selva. Gracias por todo».

Lo dicho, señores: Aquí todo se arregla con un anuncio. Pronto no habrá diferencia entre un poeta en embrión y una botella de Ponche Inglés!

CRISPIN

Notas de la semana

DUELOS

Nuestra sociedad está de duelo con motivo del fallecimiento de doña Victoria Beeche de Alvarado.

Al atribulado esposo Dr. don Federico Carlos Alvarado y demás deudos enviamos nuestro pésame.

* Profundamente conmovidos lamentamos la prematura desaparición del poeta costarricense General Eduardo Calsamiglia. A doña Celia Blen v. de Calsamiglia y familiares del extinto les hacemos presente nuestra condolencia.

* Ha fallecido doña Conchita Vidal de Cardona, hermana del señor Encargado de Negocios de España en Centro América don Ginés Vidal y Saura a quien le enviamos el testimonio de nuestro pesar.

* Acompañamos en su justo dolor a don Enrique Cordero B. y a su señora esposa doña Emilia Ureña de Cordero por la muerte de su hijita Amira.

LINEAS

Doña Rosalía Rodó de Acosta ha estado delicada de salud.

* Nuestra enhorabuena por el arribo del primogénito al hogar de don Marcos León y de doña Amelia Raabe de León.

* Con el nombre de George fué bautizado el niño de don Arturo P. Lyon y de su señora esposa doña María de Lyon.

* Sentimos mucho la enfermedad que aqueja a nuestro amigo don Francisco Soler. Que pronto restablezca.

* Un nuevo heredero ha llegado al hogar de don Luis Uribe y de doña Marta Pagés de Uribe. Nuestros parabienes.

* Guarda cama doña Estila Rosabal de Dávila.

* Ha estado delicada de salud la señorita María Odio E.

* Se verificó la boda de la Srta. Flora Echandi hija del pintor don Enrique Echandi y de doña Dora Elsa de Echandi con el señor don Roberto Carranza. Nuestros votos de ventura para el nuevo hogar.

NECESITA muebles? Jorge Morales Bejarano se los entrega a pagar en pequeños pagos.

MENTHOLATUM

Indispensable en todos los Hogares.
De venta en todas las Boticas.

Imp. Falcó & Borrascé

SAN CHONG y Co.

Almacén de Géneros y Abarrotes en general : Artículos de primera necesidad constantemente renovados : Precios los más económicos del país : PUNTARENAS, Costa Rica.

Cervezas Richmond

Las más puras del país; no se clarifican con cal, ni otras sustancias nocivas a los enzimos del estómago : Teléfono 759 : Apartado 188.

La preferida del público

sensato y entendido en negocios, es la

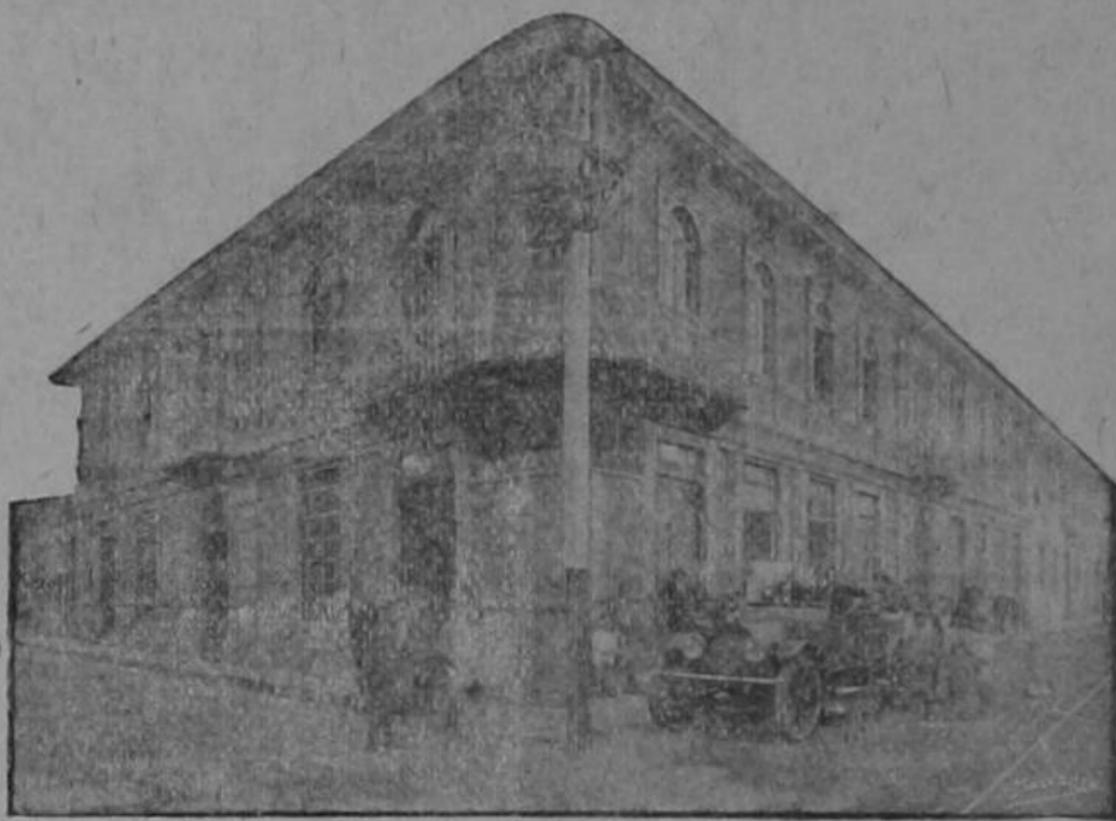
funeraria Polini

Cerveza Gallia

Premiada con Medalla de Oro en la Exposición Nacional de 1918

PIDALA EN TODAS PARTES : BEBALA SIEMPRE

Apsrtado 217 : SAN JOSE, Costa Rica



Hotel Washington

First Class Hotel

San José, Costa Rica

≡ EL HOGAR ≡

COMPAÑÍA DE SEGURO SOBRE LA VIDA

OFICINA PRINCIPAL: SAN JOSÉ, COSTA RICA

Emite pólizas cuyas cuotas están al alcance de todas las clases sociales; desde doscientos hasta tres mil colones, las que se obtienen con pago de cuotas mensuales de dos hasta treinta colones. A ese sistema de ahorros de tanta aceptación, ha agregado los planes de Pólizas: «Ordinarias de Vida»; de «Vida a Pagos Limitados» y «Dotales», de 10, 15 y 20 años, pudiéndose hacer el pago de las primas trimestral, semestral o anualmente, siendo éstas más reducidas que las que cobran otras Compañías.

Nadie que entienda la importancia del seguro, como una gran previsión para el futuro, deja de tomar una póliza en EL HOGAR, Compañía que ha logrado abrirse ancho campo por la seriedad en el cumplimiento de sus obligaciones y por la honorabilidad de sus Directores.

Sin que haya una ley expresa que lo exija, EL HOGAR ha hecho un depósito de 100.000 colones, el cual es intocable y sólo sirve para garantizar a los asegurados. Todos los pagos por siniestros se hacen de los fondos que la Compañía tiene en mano para tal fin.

La mejor surtida : La más barata

Librería **TORMO** Papelería

Apartado 439 AVENIDA CENTRAL Teléfono 664
Frente al Banco Mercantil

TRASLADO

La tienda de José Alvarado M., se ha trasladado al local que ocupó Don César Arguedas, 25 varas al Sur de la tienda que ocupó don Miguel Turull,

en los bajos de la casa de alto de don Luis Cruz Polanco, donde encontrará el más completo surtido de adornos para señoras, encajes, flecos de cuentas de todo color, bordados, cintas de varias clases, géneros de encaje, flores, sedas, juguetes, géneros para mantel, libretes para iglesias.

Hotel Central

Por ausentarse su dueño, SE VENDE o ARRIENDA este hotel, en buenas condiciones. Para informes y demás detalles, entenderse con el propietario.

ANDRES CORRONS

BODEGA DE LA MARINA

ABARROTES, LICORES Y GRANOS EN GENERAL :: VENTAS AL POR MAYOR (Antiguo local Bresciani)

EDUARDO CASTRO SABORIO

TELEFONO 593

SAN JOSE

APARTADO 979

Muebles

de primera calidad y a precios económicos, los confecta a gusto del cliente, el ebanista don Rafael Herradora, que tiene su taller al lado de la Sociedad Unión Española. Haga Ud. un encargo y quedará complacido. SE LO RECOMENDAMOS.

Todos los productos de **TRAUBE**: Cerveza, Aguas Gaseosas, etcétera, gozan de un renombre merecido por sus virtudes exquisitas.

JOSE TRAUBE

Cuesta y Compañía

Depósito de mercaderías - Surtido constantemente renovado

Dirección: Avenida 2^a. Oeste, contiguo a la casa de don Rafael Iglesias : Teléfono núm. 31 : Apartado núm. 262 : SAN JOSE, Costa Rica.

Man Chong Sing

Gerente: José Chong Apuy y Co.

Gran depósito de toda clase de Tejidos, de los más comunes a los de lujo : Abarrotes : Artículos de primera necesidad, Conservas, Vinos y Licores exquisitos : Baratura sin igual : PUNTARENAS, Costa Rica.

Quong Tai Chong y Co.

Gerente: Jacobo Sánchez

Géneros de las acreditadas fábricas del extranjero : Comestibles de la mejor calidad : Vinos y licores finos : Todo a precios de ocasión.
PUNTARENAS, Costa Rica.

La Favorita

Es la casa que elabora y consume más tosteles en el país : Gran surtido de VINOS y LICORÉS de todas clases : GALLETAS : PAN ESPAÑOL : CONSERVAS ALIMENTICIAS : Todo de buena calidad : Se sirve a domicilio : Teléfono 501 : San José, Avenida Central.

ción de
las inyecciones.

Tratamiento
el mas facil
y el mas discreto.



Exigir la firma :

sobre el rótulo.

CURACION RAPIDA y RADICAL

de los flujos antiguos ó recientes

Cada cápsula
lleva el nombre



Desconfiar de las Falsificaciones.

Cada cápsula
lleva el nombre



PARIS, 8, Rue Vivienne y en todas las Farmacias.

JARABÉ DE RABANO TONADO DE GRIMAULT Y C^{IA}

Depurativo por excelencia

PARA
LOS
NIÑOS

PARA
LOS
ADULTOS



En todas las Farmacias
VENTA AL POR MAYOR
8, Rue Vivienne, PARIS.

“DES ROSES”

PERFUME



V. RIGAUD . PARIS

En todas las buenas Perfumerias.

CEREVISINA

(Levadura seca de cerveza)

La **CEREVISINA** da maravillosos resultados en el tratamiento de los *furúnculos*. En los enfermos que padecen de *psoriasis*, *herpès* ó *eczema*, produce el mejor éxito mejorando rápidamente su estado general, así como en el *acné*, la *urticaria*, etc.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias

EL LEMA DE
La Colombiana

Es Cultura y Buen Trabajo

Nosotros La Empresa de Funeraria de MANUEL CAMPOS Y HERNOS., la más antigua y mejor montada del país, cuenta con los mejores servicios y no engaña al público con precios falsos ni descuentos. Responde de los servicios que contraten sus agentes. Pase a nuestra casa para enseñarle los documentos que para hacer una explotación en perjuicio del público nos hizo la otra empresa. Se atienden órdenes a toda hora de día y de la noche. Teléfono 330.

San José

Cartago

Café molido = Cacao molido

Odio & Odio

Chocolate = Narina de maíz

Alajuela

Simón